

VICTORIA JUSTICE

**NO
CA
RI**

JUEGO INSIDIOSO

**Una niña inadaptada.
Una imaginación sin límites.**

locari

Victoria Justice

Copyright © 2020 Victoria Justice

Todos los derechos reservados.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren o distribuyeren por cualquier medio o soporte (papel, audio, electrónico, etc.) la obra sin el consentimiento previo del autor.

ISBN: 9798656085779

DEDICATORIA

Para mi padre, recientemente fallecido, y mi madre, que lo cuidó durante años para que tuviera una vida más llevadera a pesar de las circunstancias adversas.

Para pajarita y nuestro futuro.

Para mis hermanos, que, de una u otra manera, han estado cerca.

Para mis amigos incondicionales.

Cuando fui capaz de controlar los mil demonios que rondaban en mi cabeza, me miré al espejo y aún no me reconocí.

J.E.

Si alguien pretendiera convertirse en un gran escritor, su vida e incluso las vidas de los demás deberían estar subordinadas al fin último: la creatividad.

J.E.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

CAPÍTULO 1

CHAT DE LA APLICACIÓN *IOCARI* (JUEGOS DE ROL)

Miércoles 23/09/2017

ESPARSOS_23:50

¡Hola!

IOCARI_23:52

¡Hola! ¿Qué ha pasado?

He creado nuevos guerreros avatares.

ESPARSOS_23:53

No he podido.

He tenido otra discusión en casa.

IOCARI_23:55

¿Estás bien?

ESPARSOS_23:59

Sí, bueno...no.

Me gustaría poder hacer lo que imaginamos aquí.

Hacerlo en la vida real, que las historias sean reales.

Jueves 24/09/2017

IOCARI_00:01

Sería genial,

aunque nadie lo entendería.

IOCARI_00:03

No te apetece crear algo ahora.

ESPARSOS_00:13

Me encantaría, pero no puedo.

Mañana va a ser un día duro.

¿Cuándo vamos a conocernos?

Me dijiste que podríamos empezar a preparar cosas.

IOCARI_00:15

No es tan fácil.

Dame algo de tiempo.

ESPARSOS_00:16

Ya te he dado mucho tiempo.

IOCARI_00:18

Mañana hablamos, ¿vale?

Voy a intentar prepararlo todo.

IOCARI_00:22

¿Vale?

IOCARI_8:23

¿Por qué no me contestas?

IOCARI_20:28

Ya he preparado todo.

Podemos empezar mañana.

ESPARSOS_20:30

Sabía que podía confiar en ti.

IOCARI_20:31

Cuando comencemos,

Recuerda que ya no podemos volver atrás.

ESPARSOS_20:33

No querría volver.

Odio mi miserable vida.

CAPÍTULO 2

EL EXAMEN

Sudores, escalofríos, ganas de vomitar. Esa desesperante sensación de no recordar nada de lo estudiado el día anterior quizás porque solo se hizo el esfuerzo por aprender la víspera del examen. Ventanas cerradas a cal y canto; respiración entrecortada en una atmósfera viciada mezcla de sudor, colonia y ropa húmeda. Movimientos involuntarios de manos y pies. Miradas furtivas como última intentona para responder una odiosa pregunta. Vistazo al cielo para pedir ayuda. Unas súplicas en voz baja para ver si algún dios puede echarle una manita. La distante voz del profesor acompañada por las instrucciones en la pizarra electrónica. El clic de un fluorescente que se apaga y se enciende en una interminable agonía que terminará cuando el técnico tenga cinco minutos para cambiarlo. Las paredes de la clase cubiertas en murales de la Segunda Guerra Mundial, el aparato respiratorio, números mixtos y un listado de adjetivos y verbos para impresionar cuando haya que escribir una historia en lengua. En la entrada, algunos saludos en diferentes idiomas, que muestran que, aunque las lenguas extranjeras se tomen a broma, al menos dinero hay para comprar posters.

—¡Señoras y señores, quedan cinco minutos para que acabe el examen! No olviden escribir el nombre en el lugar correspondiente —espetó el señor Strictous mientras movía sus manos dentro de los bolsillos de su chaqueta.

El señor Strictous era uno de esos profesores a los que les gusta mantener las formas para crear esa barrera invisible que ningún niño se atreve a cruzar. Detrás de unas gafas tan antiguas que habría que utilizar pruebas de carbono catorce para inferir el año de fabricación, se escondían unos ojos penetrantes de un color no nombrado aún entre verde y azul. En su cabeza, el cabello crecía desteñido, un gris amarillento peinado hacia atrás embadurnado en gomina. Algunos niños se preguntaban si la única preocupación del señor Strictous era el que no utilizaran sus teléfonos móviles. Las tablas de la ley se habían establecido desde el primer día. La primera y más odiosa era la obligación de apagar el móvil y depositarlo en el cajón del profesor. Todos lo odiaban. Ese insoportable sentimiento de que te estás separando de algo valioso, una parte fundamental de ti mismo. Una prolongación de tu cuerpo que repentinamente debías dejar apartada y desconectada allí, en ese cajón inhumano, en ese nido de serpientes que nunca conoció producto de limpieza. ¿Cómo se atrevían estos adultos a retirar a los alumnos de sexto de primaria su teléfono móvil? Para algunos de ellos era su primer año utilizando tan preciado aparato y el separarse de su virtual ventana al mundo era lo más parecido a una pesadilla.

A pesar de llevar más de veinte años como docente en el colegio Mora, al señor Strictous aún le delataba un pequeño rastro de un acento extranjero que los niños no acertaban a concretar. Siempre había habido apuestas sobre la procedencia del señor Strictous, sin embargo, nadie había tenido el valor de preguntarle.

—¡Último minuto! —gritó el señor Strictous mientras varias gotitas de sudor emergían de su marchitada frente.

«¡No puede ser! No he respondido una sola pregunta. ¿Por qué tiene que sucederme esto?», amargamente, se lamen-

taba Sophie por no haberse dado cuenta durante casi una hora de que estaba en clase y de que, para más desesperación, estaba haciendo un examen. Pero así era ella, una soñadora de las que sueñan despiertas, de las que no paran de soñar. Bajo una melena de pelo rojo, largo y salvaje, se escondía una tímida mirada rodeada de granitos y pecas. Unos ojos achinados de un azul celeste que parecían un amanecer. No era ni alta ni baja, digamos que era del tamaño estándar. Sophie era una niña retraída y tímida, lo que la había hecho pasar por alguna mala experiencia. Parece ser que es ley de vida, esos pequeños diablillos siempre buscando algún alma débil a la que torturar. Era pésima en todo, bueno, en casi todo. En su favor debemos decir que sobresalía en arte y escritura creativa. Esas eran sus asignaturas favoritas, aunque me atrevería a decir que no las veía como asignaturas, sino como pasatiempos, como algo en lo que merece la pena vivir inmerso. Así es como vivía, inmersa en sí misma, en sus dibujos y en sus historias. Hablando siempre de otros mundos, de otras gentes y de otras realidades. Y los demás reían, o más exactamente, se reían de ella. Se reían hasta caer al suelo y retorcerse como el rabo partido de una lagartija. Parecía que al señor Strictous le molestara que fueran esas dos asignaturas concretamente y no matemáticas o ciencias. Para él, tan chapado a la antigua, si no destacabas en esos campos eras parte de un segundo grupo, del grupo de los que nunca serían nada. Esa era la mentalidad del señor Strictous. Por no hablar de los que osaban a decir públicamente que de mayores querían aprender un oficio. Para oficios no estaba el señor Strictous. El viejo profesor se lo tomaba como una ofensa.

—No, señores, no —les intentaba persuadir el señor Strictous—. Ustedes estudien. Ya tendrán tiempo de trabajar en un oficio.

Sophie, a pesar de su timidez, había sido capaz de crear vínculos con algunos de sus compañeros. La habían aceptado en un grupo. Y ya os podéis imaginar que el apodo del grupo no era muy agradable ni tampoco imaginativo. Los llamaban La pandilla de la rara. Joe, Chloe, Samila y Robert, esos eran, junto con Sophie, los integrantes del grupo. Y pese a la obstinación de algunos niños por abusar de Sophie, sus amigos siempre la habían defendido. Todos hicieron un juramento para protegerse unos a otros en caso de agresiones de otros alumnos. La escuela a veces era un lugar inhóspito y los niños debían ser precavidos. Si tuvieran que decir cuándo exactamente comenzaron a ser amigos no podrían. Por más que intentaban recordar ese instante eran incapaces. Siempre habían estado sentados en la misma mesa los cinco, aunque las mesas en el colegio Mora eran de seis alumnos. Pupitres de dos plazas que se juntaban para formar un rectángulo de seis pequeños puestos de aprendizaje donde reposar el trasero durante horas. Cada mesa en el colegio Mora tenía un nombre, al igual que cada clase. La clase de Sophie se llamaba Amarillo y su mesa Júpiter.

—Bien, señores, dejen ustedes el bolígrafo sobre la mesa —ordenó el señor Strictous—. Ahora me pasaré a recoger uno por uno los exámenes. Ya saben ustedes lo que tienen que hacer durante estos tiempos muertos.

Sin rechistar, todos sacaron un libro de lectura de la cajonera. Unos con más entusiasmo que otros, pero habría que decir en su favor que después de una hora de examen lo que menos les apetecía era leer. Y es que el señor Strictous era de esos profesores de la vieja escuela. De esos que no se ponían en la piel del otro. No porque no le importaran los niños, todo lo contrario, pensaba que los niños eran adultos bajitos que podían estar allí aguantando viento y marea hasta que aprendieran lo que ese día tocara. Le im-

portaba de veras que aprendiesen. No paraba de repetirlo. Debían aprender para ser algo en la vida, para no vivir sus cortas vidas en la base de la pirámide. El señor Strictous había conocido muchas historias de alumnos del colegio que habían echado a perder sus vidas en las calles de Londres. Ese mastodonte de casas esparcidas y parques inmensos. Esa amalgama de autobuses repletos de viajeros cansados y humo asfixiante.

Por fin, llegó la hora. El momento del recreo anunciado por el pitido agudo del timbre del colegio, siempre puntual. Todos sabían lo que tenían que hacer. Recoger y limpiar todo tan rápido como un rayo. El mejor alumno del día anterior tenía asignado el papel de juez para evaluar la pulcritud de las mesas y para apuntar en la pizarra bajo el nombre de la mesa correspondiente los deseados cinco puntos. Y una vez todo en orden, formar la fila comenzando exactamente a un metro de la puerta donde el señor Strictous había colocado una pegatina para que a nadie se le ocurriera acercarse más de lo debido. Como ya dije con anterioridad, a este profesor le gustaba mantener las distancias. Ahora añado que le fascinaba el orden y la limpieza. Algo paradójico teniendo en cuenta la suciedad acumulada en los cajones de su despacho.

—Señoras y señores, abandonen la clase y diríjense al patio en total silencio según sus lugares asignados en la fila — anunció el señor Strictous con una entonación solemne. Después clavó su mirada paralizante en Sophie y añadió con una voz que a esta le pareció atronadora —¡Excepto usted, Sophie!

El cuerpo de Sophie temblaba y sentía que se desvanecía. Su respiración entrecortada no le permitía introducir la suficiente cantidad de oxígeno para alimentar su cerebro. Sus ojos llorosos llenaron de compasión los corazones de sus

compañeros. Incluso aquellos a los que ni siquiera les importaba lo más mínimo no le deseaban ni a Sophie este cruel destino. Quedarse a solas en la clase con el señor Strictous no era algo agradable incluso para los más valientes. Muchos de ellos se habían derretido como la mantequilla cuando les había ocurrido, llorando como fuentes cuando el señor Strictous les había regañado por alguna fechoría o por no haber traído de casa los deberes terminados. Para Sophie tampoco era la primera vez, pero no importaba. Estar con el señor Strictous a solas siempre era como la primera vez. Sus ojos se clavaban en los tuyos, su voz debilitaba los músculos y tus piernas temblaban como el fino tallo de una flor golpeado por una tempestad. No había modo de hacer frente a una presencia tan agobiante.

—¿Y bien? ¡No has escrito nada! —interpeló el señor Strictous. Sus palabras se clavaron como un puñal en el corazón de la pobre Sophie—. Una hora sentada frente a la hoja de examen y ni una sola pregunta. Ya sé que las matemáticas no son tu fuerte, pero esto va a peor. Tendré que llamar a tus padres. No voy a permitir que algo parecido vuelva a ocurrir. Ve al aula de convivencia, no mereces salir al recreo con tus compañeros. Y límpiate esas lágrimas, yo no tengo la culpa de que no prestes atención.

Sophie se frotó la cara a la altura de los ojos para enjugar las ovaladas gotitas que fluían y se dirigió cabizbaja al aula de convivencia. Una vez más, Sophie se metía en problemas por su irrefrenable inclinación a vagar en ensoñaciones infinitas de lugares increíbles, animales fantásticos y bellos paisajes. Lugares en los que no se podría decir si uno estaba situado arriba o abajo, pues era como si no existiera ninguna manera de afirmar con total rotundidad si se percibía el espacio en un sentido cotidiano. Tampoco podría ella discernir si el tiempo iba en la dirección habitual o siquiera si transcurría. ¡Todo era tan diferente! Solo sabía que algu-